

COMPRE USTED MAÑANA
el núm. 10 de la original publicación
semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA
**LA NOVELA ÍNTIMA
CINEMATográfica**

Contiene la biografía de la célebre
artista americana

DOROTHY DALTON

Numerosos datos y fotografías
Regalo de una estupenda postal

Precio popular: 35 cts.

La exclusiva de venta de nuestras publicacio-
nes la tenemos cedida a la **Sociedad
General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicacio-
nes, S. A.**—Barbará, 16, BARCELONA.
Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN.

E. VERDAGUER MC^{ERA}.—TOPETE. 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATográfica

N.º 175

25 cts.



**MUÑECOS
DEL DESTINO**

POR
EVA Y JANE NOVAK
Y
CULLEN LANDIS

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 175

MUÑECOS DEL DESTINO

Interesante comedia dramática interpretada por las bellísimas hermanas

EVA Y JANE NOVAK

y por el simpático actor

CULLEN LANDIS

Producción LOEW - METRO

EXCLUSIVA DEL PROGRAMA

VILASECA & LEDESMA, S. A.

Via Layetana, 53. — BARCELONA.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
EDYTHE CHAPMAN

MUÑECOS DEL DESTINO

Argumento de la película de dicho título

Todos los hombres, los que empiezan a vivir y los que llevan en sus cabellos la nieve de los años, buscan con ansia el camino del Éxito, que les enseña el dedo burlón del Destino.

—¡No os detengáis, amigos! ¡Frente a vosotros espera la Diosa del Éxito! ¡No tenéis más que subir esa escalera para estrecharla entre vuestros brazos y recibir de sus labios el beso que reserva a los audaces!

Y sube, animoso, un joven. Logra ganar unos pedañitos. Surge de pronto ante sí, cerrándole el paso, un gladiador con puños de hierro. Detiénese el muchacho. El Destino, riendo a carcajadas, le aconseja:

—¡Lucha con él... véncelo! ¡Es la Conciencia!... ¡Si eres tú el vencido, para siempre quedarás al pie de la escalera!

Y así, en verdad, que alcanza el más alto sitio entre los hombres, en muchos casos, el que sabe vencer de sus escrúpulos, arruinándose el que, incautamente, se deja dominar por la fe en la bondad humana.

El lujo de una casa es la medida del éxito de los hombres; y cuando más grande es ese lujo, menos

la gente pregunta qué caminos se han seguido para llegar al Éxito.

Una de las más alhajadas mansiones de Nueva York pertenecía a Javier Moore, dueño de varias fábricas de acero.

Moore era uno de los convencidos de que el fin justifica los medios... y el fin, para él, estribaba en aumentar siempre fantásticamente sus millones.

Conocemos a ese acaudalado mortal en el momento en que recibía en su casa la visita de Gerardo Corbin, un poeta de las Matemáticas, que, formando estrofas con ríngleras de números, había llegado a componer el gran poema de un Invento.

—Me he dirigido a usted, señor Moore, porque no dudo que mi descubrimiento puede interesarle sobremedida por cuanto lo podría aplicar en sus importantes fábricas. ¿Se ha enterado usted ya bien de mi idea?

—He ojeado sus papeles rápidamente... Sus apuntes no están mal...

—¿Verdad que no? ¡Yo creo que obtendré un resonante éxito! Mire usted: acabo de redactar esta carta para la Comisaría de Patentes.

Moore leyó:

Yo, Gerardo Corbin, domiciliado en Nueva York, solicito patente sobre la fórmula que incluyo para producir acero doblemente duro que el corriente y otra fórmula para derretir ese acero. Estas fórmulas contienen varias manipulaciones hasta ahora desconocidas para la Industria...

Y, denotando gran extrañeza:

—Por lo que veo, no tiene usted todavía patentado su invento...

—No, señor Moore. Para eso he venido a verle... porque me parece usted la única persona en el mundo que puede ayudarme. ¡No puede usted imaginarse lo que estos papeles representan para mí!... ¡Son

cinco años de estudios, de meditaciones, de noches sin dormir!... ¡He gastado en esta obra, señor Moore, todas mis energías y todo mi dinero!

Moore, aparentando un gran asombro y pesar al propio tiempo, pronunció:

—Me encuentro ante la coincidencia más extraña de mi vida, señor Corbin. Yo mismo he pedido patente hace unos días sobre un invento exactamente igual al suyo.

—¿Qué ha dicho usted, señor Moore? ¡No! ¡Eso no es posible!

—¡Es la realidad!

—Pero usted no me habló de esa patente ni de ese invento hasta que vió mi solicitud... ¿Por qué?

—Porque yo soy un hombre de negocios y no un loco.

—¡Mentira!... Me ha engañado usted del modo más miserable de mundo, para robarme mi invento!

—¡Fuera de mi casa! ¡Fuera!

—¡No, no me iré sin antes castigarlo!

Moore había estado pulsando nerviosamente el timbre que había encima de su mesa-despacho, y apareció el criado, a quien dió orden de arrojar al infeliz muchacho.

Corbin se resistió como un demente, clamando, crispando los dedos de sus manos hacia Moore:

—¡Mis papeles!... ¡Quiero mis papeles!

Y lloraba de rabia, considerándose arruinado para toda la vida.

El criado forcejeó con él, y cuando regresó a presencia de Moore, después de arrojarlo a la calle, recibió de su Señor la orden de no permitir nunca más la entrada a ese hombre bajo ningún pretexto, acusándolo de perturbado muy peligroso.

Antiguamente, los Reyes tenían a su lado los bufones que eran las únicas personas que se atrevían a decirles la verdad. Moore tenía a su secretario,

Jorge Trevis, el cual representaba para él la voz de su conciencia.

Comerciante joven de primer orden, Trevis era insustituible en el sitio de brazo derecho de Moore.

La expulsión de Corbin por el criado, por orden de Moore, causó un deplorable efecto a Trevis que, instintivamente, tendió sus brazos hacia su jefe para quitarle los papeles que reclamaba el inventor.



—¡Fuera de mi casa! ¡Fuera!

sin conseguir su buen propósito; y no pudo menos de decir:

—¿Por qué ha sido tratado de esa manera ese joven?

—No quiera usted saberlo, Trevis. Si recibiera varias visitas como esa, pronto me tendrían que llevar a un sanatorio.

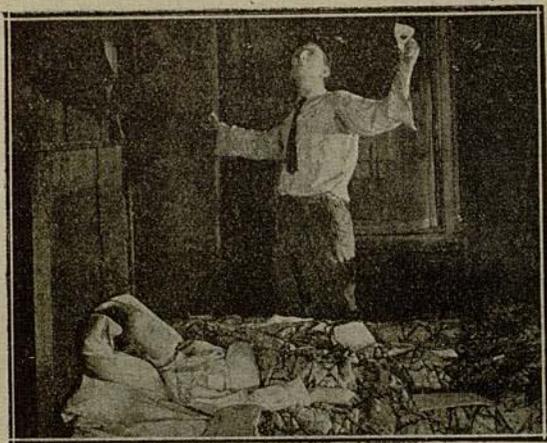
Y como Trevis se dispusiera a pedir detalles del

asunto, como para juzgar quién tenía razón, el expulsador o el expulsado, Moore, bruscamente, le interrumpió:

—Vamos a ver, ¿qué me trae usted ahí?

Y Trevis, muy a pesar suyo, guardóse los reproches que quería hacerle a su principal por su conducta.

Por si la culpabilidad de Moore no estuviera bas-



—¿Por qué me la quitas, Señor?... ¡Si ella era la única tabla que me sostenía en el naufragio de mi vida!

tante en evidencia, él mismo se delataba llamando por teléfono a un empleado de confianza.

—Venga tan pronto como pueda—le dijo—. Es necesario que salga usted para Washington en seguida, a fin de patentar un invento.

Las semanas que siguieron hallaron a Corbin

agotado física y moralmente, sin valor para luchar. sin fe en Dios ni en los hombres.

Colmó su desdicha la grave enfermedad que inopinadamente adquirió su anciana madre, y se vió obligado, por ella, a mendigar alimentos.

Pero nada pudo detener el designio implacable del Destino, y la enferma pasó a mejor vida.

Secos sus ojos de tanto llorar, Corbin miró al Cielo y lamentóse de su suerte.

—¿Por qué me la quitas también, Señor?... ¡Si ella era la única tabla que me sostenía en el naufragio de mi vida!

Contrastando con la amargura que experimentaba Corbin, en otra esfera, Moore, propietario del invento usurpado, vislumbraba enormes ganancias. El oro afluiría a sus arcas de hombre sin conciencia para satisfacer únicamente su egolatría.

Dos hijas tenía Moore que alegraban su viudez. Isabel y Esperanza eran sus nombres. Existía una notable semejanza entre las hermanas, en cuanto al físico; pero, con respecto a carácter, eran dos polos opuestos.

Isabel, la más joven, inconsciente y frívola, comulgaba en la idea de que no hay en la vida otra misión para la mujer que la de agradar y divertirse.

Esperanza, algunos años mayor que su hermana, no figuraba apenas en ninguna fiesta, prefiriendo los buenos libros y las acciones que agradan a Dios a la diversión.

El punto débil de Moore era su hija menor, a la que no sabía negar ningún capricho y a la que permitía que viviera su vida.

También Isabelita era el flaco de Trevis, mas éste, contrariamente a lo que hacía Moore con ella, no se privaba de hacerle tantas observaciones como su criterio de enamorado le dictaba cuando se con-

sideraba en el caso de avisar a la coqueta de que andaba por senderos peligrosos.

Isabel contestaba con soberbia altivez al secretario de su padre, pero, sin embargo, muchas veces, guiada por una fuerza oculta, tenía en cuenta sus consejos.

Es decir, Trevis se comportaba lo mismo con el padre que con la hija menor de éste cuando, a su juicio, cometían alguna ligereza.

Cierta vez, Trevis entregó a su principal la correspondencia del día, y, particularmente, una carta, diciéndole:

—Aquí hay otra misiva de la pobre señora Johnson. Dice que en su casa no tienen para comer y que su marido está muriéndose.

—¿Y tengo yo la culpa de que ese desgraciado haya sufrido un accidente en mis fábricas?—exculpóse Moore.

—Sí, señor... usted tiene la culpa—respondió valerosamente el noble muchacho.

Moore, violento, levantóse de su asiento e increpó a su secretario.

—¡Joven, no permito que nadie, y mucho menos un mequetrefe como usted, venga a darme lecciones de caridad! ¡Queda usted despedido!

—Está bien, señor. Yo digo lo que siento. Adiós.

Marchóse Trevis del despacho de su jefe, y a la puerta del mismo encontróse con Isabel, la cual, riéndose ruidosamente, dijo, comprendiendo el final de la discusión del secretario con Moore:

—¿Despedido otra vez?... ¿Pero cuántas veces le despidió mi padre al cabo del día?

—Ya he perdido la cuenta, señorita Isabel.

—Pero, papá, parecéis perro y gato, y perdona la comparación.

Moore, dispuesto a levantar el nuevo despido de su secretario, le objetó:

—Trevis, en vez de compadecer tanto a los demás, debe usted pensar que mi fortuna la he hecho yo a fuerza de puños. Si todos me imitasen, no sería el mundo una tierra de mendigos.

Trevis se mordió los labios para no soltar la opinión que le merecían las "elocuentes" palabras de su jefe, en tanto que éste, haciéndole cuatro mimos a su hija, y dejando que ella se los hiciera a él, comentó:

—¿Conque a despedirte para otra salida, eh?... Nunca te veo por aquí más que para decirme "Buenas noches", "Buenos días", o para pedirme dinero.

—Cállate, papá. Tú y tu secretario sois de los que quisieran que las muchachas de hoy en día estuviesen siempre metiditas en casa como nuestras abuelas.

Moore sonrió satisfecho del tesoro que tenía en su traviesa Isabel, y ésta, después de darle algunos besos que no pecaron de silenciosos, dijo a Trevis, que la estaba mirando con embeleso:

—Acompáñeme hasta la puerta, Jorge.

Así lo hizo, y con mil amores, Trevis, mas he aquí que al llegar a la puerta de la casa, y antes de que Isabel pudiera salir, vió en la calle a Carlitos Jerry, uno de los amiguitos de ella, que hacía al año sólo dos fiestas... de seis meses cada una.

Trevis se puso furioso interiormente, y pretendió oponerse a que Isabel aceptase salir de paseo con el "pollo bien" en su imponente automóvil pagado por su señor papá.

Como Isabel exigióse a Trevis una explicación porque le cerraba el paso, el secretario de Moore se agarró a la siguiente disculpa:

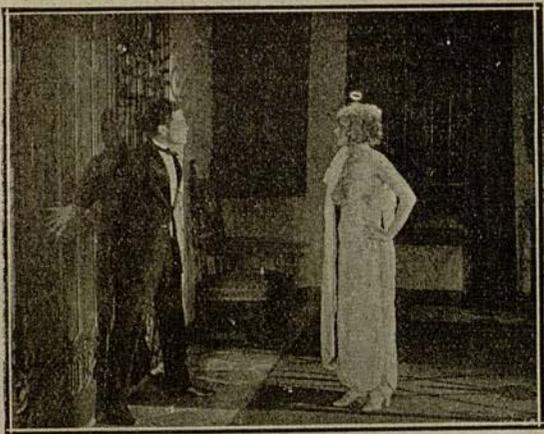
—Es cierto que me meto donde no me llaman, pero vale usted demasiado para dejarse acompañar por esa gentuza.

Isabel encendióse de enojo, y respondió a Jorge:

—¿Desde cuándo es usted mi Angel de la Guarda? ¡Haga el favor de retirarse!

Trevis obedeció el enérgico mandato de Isabel, y con sentimiento la vió reunirse con Carlitos... pero no vió también, para su feicidad, que la muchacha, habiéndole llegado al alma la oposición de él, negóse a aceptar la invitación de su amigo.

—Jerry, he cambiado de pensamiento... No salgo



—Es cierto que me meto donde no me llaman, pero vale usted demasiado para dejarse acompañar por esa gentuza.

esta noche.

Y, en efecto, muy a disgusto de Carlitos, Isabel no salió, encerrándose ella, luego, en su cuarto; muy furiosa con Trevis que se metía continuamente en sus asuntos.

Por su parte, Trevis, también en su cuarto, se lamentaba de lo frívola que era Isabel.

Decididamente, uno y otro, aunque discrepaban de carácter, trataban de aproximarse.

* * *

La taberna del "Perro Negro", como un barco pirata encallado en el corazón de los barrios bajos, abría amorosamente sus brazos a los que no encontraban un ademán de bienvenida en ninguna parte.

Jim Grogan, un antiguo boxeador con cara de pocos amigos, era el propietario del establecimiento. Su meta era el de enriquecerse, con buena o mala clientela, en buenos o malos negocios.

Allí fué donde Corbin, impelido por el hambre, dejóse llevar por el recuerdo de que conocía a Grogan.

El ex boxeador recibió al inventor fracasado con inusitada amabilidad, y, enterado de su situación, ofrecióse a ayudarlo.

—No soy un sujeto fácil al sablazo, Corbin, pero hombres honrados como usted no se encuentran todos los días. ¿Por qué no acudió antes a mí?

—El amor propio, Grogan... la vergüenza de presentarme a un amigo y decirle: "Heme aquí, derribado por la maldad de los hombres en quienes puse toda mi fe. Soy un náufrago que morirá, abatido por el desengaño, en un mísero rincón, como un perro."

—Cuénteme usted lo que le pasa, Corbin.

—Sí... ¿No sintió usted nunca, Grogan, que es para volverse loco guardarse las penas en el corazón sin contárselas a nadie? La gente se ríe de mí cuando digo que yo soy el inventor de la fórmula de hacer acero duro... de esa fórmula por la cual

se está poniendo por las nubes el nombre de Javier Moore.

—Pero... ¿habla usted en serio, Corbin?

—Sí, Grogan. Yo soy una víctima del Destino. ¿No cree usted en él?

—Eso son majaderías, mi pobre amigo.

—No, Grogan... Es la verdad... Yo creo que somos muñecos en sus manos... Por eso, cuando el Destino empieza a hacer bajar a un hombre la pendiente, ese hombre ya irá hasta el final, sin que nada pueda detenerle...

—No se canse, Corbin, en filosofar... Coma hasta saciarse... Eso es lo que, de momento, le interesa a usted más que todo. Después de alimentar el cuerpo, el espíritu funciona más normalmente.

Corbin no se hizo repetir la indicación, y comió con apetito voraz.

Después de satisfecha la necesidad animal y perentoria de la nutrición, Corbin, humildemente, estrechó la mano de Grogan, y murmuró:

—No sé cómo agradecerle esto, amigo mío...

—Quite, hombre. No vale la pena. Mañana por la mañana venga y ya le buscaremos algún trabajo por aquí, si usted quiere...

—Volveré, Grogan, volveré. Trabajaré de lo que sea. Y gracias, muchas gracias.

En medio del infierno de aquellos barrios, era como un remanso de paz y de amor la "Misión", sostenida y dirigida por la hija de un millonario.

Leonardo Frened, en otro tiempo una bala perdida, era, a la sazón, el más entusiasta propagandista de los beneficios de la "Misión", y ayudaba a la caritativa joven en su humanitaria labor, dando clases de consejos y conferencias para encaminar a los descarriados hacia el camino del bien.

Conocida de todos la bondad de la directora de

la "Misión", algunos la aprovechaban para abusar de su bolsillo, yéndole con cuentos tristes.

—Te digo que esa muchacha es fácil de convencer. La semana pasada le vine con un cuento sentimental y saqué buenos dólares y buenos comestibles. Ahora te toca a ti—decía a un compañero de crápula uno de los "feligreses" de la "Misión", escuchando la conversación, por pura casualidad, el desdichado Corbin, que pasó junto a ellos cuando la empezaron.

—Te prevengo que yo no soy buen comediante. ¿Cómo me presento yo a esa señorita y le hago comprender que estoy apuradísimo?

—Toma esta cebolla para llorar... Di que tu mujer está loca, tú sin trabajo y los chiquillos en la miseria.

A Corbin le dieron tentaciones de reírse ante la felonía de aquel par de sinvergüenzas, pero ni la sombra de una sonrisa pudo asomarse a sus labios. Todo le era indiferente ya; lo mismo el bien que el mal.

Sin embargo, intrigado por lo que hacían en la "Misión", entró en ella y detúvose en el fondo para escuchar la conferencia que pronunciaba la directora.

Era ésta una joven distinguida, bella y de rostro amable. Se expresaba con calidez y muy sencillamente. Todo el mundo la llamaba la señorita Esperanza... y era en verdad una esperanza para los necesitados y para los que habían perdido la fe en todo, hasta en sí mismos.

Pero nosotros sabemos más. Esperanza era la hermana de Isabelita, o sea la hija primogénita del millonario Moore. Guiada por sus ideales, empleaba el dinero heredado de su madre en consolar las desdichas ajenas.

El par de granujas obtuvo satisfacción por par-

te de Esperanza, alegrándose Corbin de ello, considerando que no merecían más que engaño las mentiras que ensalzaba la directora de la "Misión".

—No pierdan nunca la fe. Ni Dios ni los hombres los abandonarán si verdaderamente confían en ellos—había dicho ella en público.

Disconforme con tales palabras, Corbin interrumpió a Esperanza:

—¡Mentira!—dijo.

Todas las miradas se volvieron en dirección a él.

—Es muy cómodo estar aquí, con el estómago mal alimentado, y decir palabras como las diría un loro... Su teoría es muy bonita, pero no sirve para nada. ¿Qué experiencia tiene usted de la vida para hablar así? ¿Sabe usted lo que es el hambre? ¿Sabe usted lo que es el dolor?... ¡Señorías cursis, que vienen aquí a afrentar nuestra miseria!—prosiguió el infeliz.

Esperanza había escuchado a Corbin con piedad, pero sus "feligreses", y principalmente Leonardo, se arrojaron sobre él, resultando herido en la sien.

—¡Calma, por Dios, calma!—gritó Esperanza, acudiendo a librar de la indignación de los demás al pobre Corbin. Y cuando le vio herido, gimió—: ¿Qué habéis hecho?

Corbin había perdido el conocimiento, y sospechando que la herida que había recibido fuese de gravedad, Esperanza mandó llamar una ambulancia sanitaria y lo hizo conducir, por su cuenta, a una buena clínica.

La herida no resultó, afortunadamente, de gravedad, y el doctor confiaba que podría salir de la clínica al día siguiente.

Esperanza permaneció algunas horas al lado del herido, orando por su salvación física y moral, y durante la fiebre del mismo oyó las quejas que sus labios exhalaban:

—¡Me robó, el canalla!... ¡Me robó, cuando mi madre necesitaba aquello para comer... para vivir!... ¡Matarlo!... ¡Matarlo... como él mató todo lo bueno que había en mí!

Y cuando Corbin se recobró, Esperanza, decidida a no abandonarlo, le habló así, con dulce entonación:

—Permítame que le ayude hasta que pueda usted



Y cuando le vio herido, gimió: —¿Qué habéis hecho?

andar... hasta que encontremos una buena situación para usted.

—¡Déjeme en paz con sus sermones! ¡No quiero su ayuda! ¡Lo único que quiero es saldar las cuentas con un hombre!

—Deseche los malos propósitos, y déjese gular por la voz de la conciencia.

—¿Conciencia? ¿Acaso la han tenido conmigo?

Leonardo empujó a Esperanza hacia el exterior de la habitación que ocupaba Corbin, despreciándole porque rechazaba los buenos consejos y la ayuda de la caritativa mujer... y acaso también porque, adorándola en silencio, no podía sufrir que ella se apiadase con tanto interés del fracasado.

Mientras una hermana soñaba con hacer mejores



—¡Me robó el canalla! ¡Me robó, cuando mi madre necesitaba aquello para comer... para vivir!

a los hombres, para la otra sólo existían las fiestas y las diversiones.

—Papá, ¿quieres hacer el favor de decirle a ese imbécil de jardinero que corte los árboles del jardín para que se pueda construir el Anfiteatro de mi festejo romano?

—¿Que yo consienta en el sacrificio de mis mejores árboles? ¡Jamás, niña, jamás! ¡Esto es una locura!

—Recuerda, señor papá, que me dijiste que gastase cuanto quisiese en mi fiesta romana, pues tú ganas ahora el dinero a montones con tu nueva patente.

—Pero los árboles...



—Recuerda, señor papá, que me dijiste que gastase cuanto quisiese en mi fiesta romana...

—No me des un disgusto. ¿Cómo iba a quedar yo delante de mis numerosos invitados? ¡Oh! ¡Ya verás cómo se ocupan los periódicos de mi fantástica fiesta!

Moore no supo negarse a capricho de su hija,

y los árboles del jardín, con harto sentimiento del jardinero, fueron cortados.

*
**

Tan pronto como Corbin salió de la clínica a la que lo hiciera conducir Esperanza, fué a ver a su amigo Grogan, quien, después de enterarse de lo que le había ocurrido la víspera, a consecuencia de lo cual llevaba la frente vendada, le dijo, dándole a leer un artículo de un diario:

—¿Es verdad lo que usted me indicó sobre su invento?

—No lo dude usted, Grogan.

—Pues, entonces, ¡a!

Y Corbin leyó:

*JAVIER MOORE, EL REY DEL ACERO,
INVENTOR*

El Presidente de la Steel Corporation, don Javier Moore, comúnmente llamado el Rey del Acero, ha dado al mundo una fórmula para producir acero muy duro que promete revolucionar la industria de nuestro país...

El inventor no pudo seguir leyendo. Su vista se había nublado al asomarse a ella la ira y el dolor, y tras breve pausa, Grogan dijo:

—No sé cómo piensa usted en este asunto, pero sé lo que yo haría en su caso.

Y al hablar de ese modo saciaba la culata de un revólver que había en un cajón.

Simultáneamente, Trevis, que había leído la Prensa de la mañana, decía a su jefe, con mucha preocupación:

—Señor Moore, ¿no piensa usted que, por su propia seguridad, hubiera sido mucho mejor suspender esta propaganda descuidada sobre su invento?

—¿Qué quiere usted decir?... ¡Ese invento es mío, ¿no es verdad?... es mío, porque soy yo quien lo tiene patentado!—respondió con destemplanza el millonario.

—Sí, claro... Perdone mi observación...—disculpóse Trevis, satisfecho de haber lanzado la indirecta como aviso.

Grogan, después de haber dado a entender sin



—No sé cómo piensa usted en este asunto, pero sé lo que yo haría en su caso.

palabras a Corbin lo que él haría si se encontrase en su caso, desapareció hacia la taberna, y el inventor, tras breve reflexión, apoderóse del revólver y salió a la calle dispuesto a cometer una barbaridad en la persona del hombre sin conciencia que le había traicionado.

Al pasar junto a la "Misión", desierta a aquella hora, Corbin, obedeciendo un extraño mandato, detúvose y apoyóse en una pared.

En aquel instante, Esperanza llegaba a la "Misión", y viendo, no lejos de ella, a Corbin, se acercó y le dijo:

—Venga, quiero hablar con usted... Se lo suplico... Haga el favor de venir.

—¿Por qué se molesta usted conmigo, señorita?... No lo merezco ni vale la pena. Sólo un fin me retiene en la vida, y cuando lo haya realizado...—contestó Corbin con desenfado.

—Anoche, en sus horas de fiebre, habló usted de su madre. Por ella le pido que arroje de usted hasta la sombra de un mal pensamiento.

—¡Es para vengar su muerte por lo que quiero matar!

—Créame usted, le hablo como si fuera usted mi hermano... Si un hombre le ha hecho daño, vaya a verle y pida, exija justicia... ¡Pero, por Dios, no se convierta en un asesino!

Corbin calló. Recordaba a su madre.

—Usted es demasiado bueno para ser un criminal...

Las palabras de Esperanza se filtraban en el corazón de Corbin con aromas que mataban el rencor, pero, rebelándose a ser vencido por la bondad cuando tanto daño había él recibido, separóse bruscamente de la consejera, con rumbo hacia el crimen. Sin embargo, al llegar a la calle, volvió a detenerse, y, arrepentido de haber aceptado por un momento envilecerse con sangre, arrojó lejos de sí el arma que con tal propósito se llevara de un cajón de Grogan, sin importarle la burla que de su cobardía le haría éste.

Del escaso corazón que tenía Grogan sacó Cor-

bin todo el partido posible, consiguiendo que lo emplease en el establecimiento.

El propio Nerón no hubiera puesto ningún pero a la fiesta romana de Isabel.

El impertinente Carlitos no podía faltar, para mayor martirio de Trevis, que de buena gana le pondría los carnosos carrillos como un tomate.

Moore, apartado de la fiesta, tenía un presentimiento, en vista del cual llamó a su criado y le dijo:

—¿Se acuerda usted de Corbin, aquel hombre que en cierta ocasión tuve que hacer arrojar de aquí?

—Lo recuerdo perfectamente, señor. Se refiere usted a ese pobre loco, ¿no es eso?

—Exactamente. Pues bien, si se atreviese a volver, no lo deje entrar bajo ningún pretexto.

—Descuide el señor.

Trevis triunfaba de nuevo, pues Moore tomaba toda clase de precauciones para impedir cualquier intento de venganza de Corbin, a tenor de la observación que le hiciera a propósito de la propaganda acerca del invento usurpado.

Moore se hallaba distraído en su despacho, cuando su secretario, bruscamente, entró en él, asustándole. ¡Pues no se había figurado Moore que era el propio Corbin quien llegaba!

—¿Pero es que usted se está burlando de mí?... ¡Coja una silla... toque un timbre... hable por teléfono... ¡Haga algo!—dijo el millonario para justificar su sobresalto.

—Está usted nervioso, señor Moore... Es que fuma usted demasiado...—opinó Trevis, quitándole el cigarro de la boca.

No vuelto aún Moore de su asombro, su secreta-

rio, verdaderamente indignado por lo que acababa de ver, prosiguió su sermón:

—¡Parece mentira, señor Moore, que permita usted a su hija pasarse la vida entre esa gente!

—¡Trevis! ¡Supongo que no vendrá usted a enseñarme cómo debo arreglar a mi familia!

—Yo no me meto con su familia, sino con usted.

—Y eso ¿por qué, vamos a ver?

—¡Usted, con sus procedimientos de hombre de negocios es el primero que siembra en su casa la semilla de la inmoralidad!

—¿Qué ha dicho usted, atrevido? Haga el favor... haga el favor...

—No se moleste... ya lo sé... que estoy despedido, ¿no es eso?

—¡Esta vez para siempre! No sé cómo lo he tolerado tanto tiempo.

Isabel apareció en tan "oportuno" momento, vestida a la antigua, esto es, con muy poca ropa. Se cooce que en Roma hacía mucho calor.

—¡Calma... calma!—gritó la muchacha—. Ven a ver mi fiesta, papá... un momento nada más.

—No, hijita. No estoy para fiestas. Tengo aquí un trabajo enorme. No insistas... es inútil.

Entonces Isabel trató de convencer a Trevis de que fuera a la fiesta.

—Déjeme usted. Si voy, no podré resistir a la tentación de romperle las narices a alguno de sus amiguitos.

—No sea usted malo, y acompáñeme.

Trevis accedió a medias, pues no quiso mezclarse con los invitados, que iban disfrazados de romanos más o menos ridículos, y tuvo la desgracia de ver a Carlitos tomándose la libertad de apoderarse de Isabel levantándola en sus brazos, y no pudo por menos de obligar al "pollo" a que la ba-

jase en el acto, siguiendo a esto un par de bofetadas.

Carlitos no devolvió los cachetes—para no reclbir más—e Isabel, para vengarse de Trevis demostrándole que se bastaba ella sola para defenderse, aceptó ir con Carlitos, Paulita, su mejor amiga—más tímida que una paloma—, y la pareja de ésta, a divertirse un rato, en algún lugar de la ciudad.

Carlitos se encargó de escoger un sitio típico para asombrar a las muchachas, y recayó la elección en la taberna del "Perro Negro".

Paulita se negaba a seguir a sus amigos al interior del sospechoso establecimiento, pero la obligaron a ir con ellos.

Grogan recibió a los clientes de honor afablemente, con vistas a las monedas que dejarían, y encargó a Corbin que los vigilase por si alguien intentaba molestarlos o por si ellos mismos, si acaso hicieran abuso del alcohol, provocaban un escándalo en el local, como ocurriera con otros señoritos.

Paulita tenía un miedo horrible, a pesar de haberse aislado los cuatro amigos en un reservado.

Tan era así que, desde que entrara, supicó que la lloraban a su casa, y como nadie quiso complacerla para que no tuviese más remedio que quedarse con ellos, decidió marcharse sola.

La pareja de Paulita hizo ademán de seguirla para acompañarla, pero Carlitos, oponiéndose a ello, dijo convencido:

—No seas imbécil... déjala. Ya volverá.

A poco de haber pronunciado Carlitos esas palabras, oyóse a Paulita gritar desafortadamente:

—¡Socorro!

Y en un santiamén dividiéronse en dos bandos los consumidores de la taberna, y armóse una pelea de pronóstico.

La culpa de todo la tuvo el miedo de Paulita al

cruzarse, al punto de salir de la taberna, con un sujeto más borracho que una cuba, que la dirigió algunos requiebros y trató de hacerle cosquillas en ciertos sitios...

Algunos salieron en defensa de la mujer, y el borracho arremetió contra ellos. Otros, considerando que eran demasiados los adversarios del ebrio, ayudaron a éste, y allí fué Troya.



—No seas imbécil... déjala. Ya volverá.

Carlitos y el otro "pollo" cuidaron de fugarse con Paulita, aprovechando la confusión, y por su parte, Isabel, presa de espanto, suplicó a Corbin, que estaba allí dispuesto a protegerla, que le indicase una salida.

—¿No puede usted indicarme un camino para salir de aquí?... Soy la hija de Javier Moore, el Rey

del Acero... ¡Un escándalo mataría a mi padre! ¡El sabrá recompensar a usted!

Corbin tuvo que asegurarse que estaba despierto para creer que era real que se le presentaba la ocasión de vengarse del infame Moore, y, engañándola, condujo a Isabel a la habitación que él ocupaba en la taberna.

Sus amigos no extrañaron su ausencia cuando ellos alcanzaron el automóvil que los había conducido a aquellos barrios, pues supusieron que, habiéndose escabullido por alguna salida falsa, ya debía encontrarse en su casa, y hacia ella se dirigieron.

Otra determinación hubieran tomado de haber sospechado que Isabel se encontraba en peligro a solas con Corbin.

—¿De modo que usted es la hija de Javier Moore, eh?—preguntóle, después de encerrarse con ella en su habitación, produciendo esto el consiguiente espanto a la frívola muchacha.

—Sí... yo soy... No me haga daño... Déjeme salir de aquí...

—Una vez fuí a ver a su padre para pedirle ayuda... ahora una hija de ese canalla viene a pedirme ayuda a mí... ¡Qué gracia!, ¿eh?...

—¡No me haga daño! ¡Piedad, piedad!

Y al espíritu del mal que en un momento de obcecación se había apoderado de Corbin, venció el recuerdo de la hada del bien, las palabras que Esperanza le pronunciara: "Usted es demasiado bueno..."

Y antes de tocar un pelo de Isabel, salió corriendo de su habitación con rumbo a la "Misión", donde encontró a Esperanza, a punto de salir con Leonardo, y a quien dijo:

—El otro día le dije que le pediría su ayuda cuando la necesitase... Ahora es necesario... Hay

una joven en mi cuarto... ¡Por el amor de Dios, sáquela de allí!... ¡No quiero ser malo... no quiero!

Esperanza se dirigió con Leonardo a donde se hallaba Isabel, y júzguese del asombro de las dos hermanas al encontrarse en semejantes circunstancias.

Entretanto, Carlitos, Paulita y la pareja de ésta llegaban a casa de Moore, enterándose de que no



—Sí... yo soy... No me haga daño... Déjeme salir de aquí.

había regresado aún.

Trevis, temiendo que le hubiese ocurrido algo desagradable a su amada en secreto, intentó castigar a Carlitos por haber sido el culpable de la salida, oponiéndose Moore, que, presa de ansiedad, necesitaba mucha calma, y a quien el dolor agudo de

la desaparición de su hija despertó al fin su conciencia dormida.

—¡Señor, devuélvemela... devuélvemela, y yo en adelante seré bueno y justo!

Y como si la oración, por ser sincera, fuese escuchada, Moore vió volver a su Isabel con Esperanza.

—¡Oh, papá! ¡Cuánto deseaba estrecharte entre mis brazos!

—¡Hija mía! ¡Tu ausencia me ha parecido un siglo!

Trevis apareció en tan grato momento, e Isabel, llevada a él por un sentimiento que no admitía reflexión, le enlazó sus brazos al cuello... y lo besó.

—¡Oh, Jorge, creía que no volvería a verle nunca más! Perdóneme lo que le dije antes, cuando estaba en su apogeo la fiesta romana... En mis palabras no había más que despecho...

Mientras Isabel y Trevis se hacían, a solas, protestas de cariño, de ese cariño que hasta entonces habían ocultado en su corazón, Moore decía a su hija Esperanza, que se había acostumbrado a no vivir en su compañía:

—Esperanza, ¿comprendes ahora que tu "Misión" es una locura?... Si hubieras estado en casa, vigilando a tu hermana, esto no hubiera sucedido nunca.

—Papá, si yo en mi "Misión" no hubiera enseñado la Verdad a un hombre, otra sería la suerte de Isabel esta noche.

—Permíteme al menos una cosa, hija mía; que haga cerrar tu "Misión" por dos semanas, por un mes... Quiero ahora tenerte a mi lado y acordarme diariamente de que tengo dos hijas en vez de una.

Por su parte, el hombre que había visto la Ver-

dad comprendía que en la vida hay más caminos que el de la desesperación.

Trevis no podía apartarse un momento de Isabel, y tan distraído estaba con ella, que Moore los sorprendió, y, encerrándose con él en su despacho, le dijo:

—Trevis, queda usted despedido.



...y tan distraído estaba con ella que Moore los sorprendió.

Trevis palideció.

—Esta vez va de veras—prosiguió Moore.

—Pero...

—No hay pero que valga... He comprendido que para mí será usted mejor un yerno que un secretario.

—¡Oh, señor Moore!

—(¡Oh, papá de mi alma!)—exclamó Isabel para sus adentros, oyéndolo todo detrás de la puerta, abrazándose a Esperanza.

Pero Moore aun hizo más.

—Va usted a cumplir el último encargo que le confiaré, Trevis. Busque a Corbin... a aquel Gerardo Corbin del acero duro. Tráigale aquí. Quiero reparar el mal que le hice.

Coincidiendo con el deseo de Moore, Corbin llegaba a casa de éste cuando Trevis se preparaba para salir en su busca.

El criado se opuso terminantemente a dejarlo pasar, y para lograrlo, Corbin hubo de apelar a la fuerza.

Moore, al ver a Corbin tan agitado, armóse de un revólver, con el que le amenazó por si él pretendía agredirle.

—¡No dispare... no dispare!... Por lo menos no lo haga hasta que me haya escuchado lo que vengo a decirle.

—Hable usted...

—Me he enterado hoy de que la señorita Esperanza, la directora de la "Misión", es hija de usted... y sólo vengo para pedirle que me perdone un momento de locura...

—No puede usted imaginarse cuánto me alegro de oírle hablar así... Precisamente acababa de ordenar a mi secretario que saliese en su busca... Quiero reparar el daño que le causé.

—¿Se refiere usted a lo de la patente?... ¡Bah, eso no me importa! Lo único que deseo es que la mujer que creyó en mi bondad, sepa que no estoy tan bajo como ella, sin duda, lo piensa.

—Es usted un ser admirable, Corbin. Yo me imaginaba haber sufrido en unas horas de angustia todo lo que se puede sufrir... pero usted debe haber padecido mucho más que yo... y por mi culpa. Pero

pronto quedará olvidado el pasado. Vamos a hablar con mi hija.

—¿Con la señorita Esperanza? ¡Oh, sí, sí!

Insensiblemente, Corbin se había acercado mucho a Moore, y de pronto sonó un disparo y el inventor cayó herido al suelo: el criado, incurriendo en el error de que Corbin quería agredir a Moore, y cegado por el despecho de haber sido burlado por él, disparó desde una ventana, creyendo obrar en concordancia con el deseo de su Señor.

Al ruido de la detonación acudieron todos, y Moore mandó llamar a un médico.

Esperanza lanzó un grito al ver a Corbin herido, y amorosamente cogió su cabeza entre sus manos, y obedeciendo un impulso de su alma, lo besó en la frente.

Corbin abrió los ojos, en los que brilló la llama de la dicha al ver a Esperanza, y rumoreó:

—Usted me ha enseñado la Verdad, señorita Esperanza... y yo quiero demostrarle que nunca, nunca, olvidaré sus lecciones.

Moore, Isabel y Trevis, enmudecidos por la emoción, comprendieron que las almas de Esperanza y de Corbin se habían comprendido.

*
* *
*

Corbin curó pronto de la herida, y algún tiempo después, en el olvido del camino del éxito, demasiado erizado de luchas, de envidias y de rencores, encontraron todos aquellos seres una tranquila felicidad.

Isabel casó con Trevis.

Esperanza los imitó con Gerardo.

Y Moore gozaba con la dicha de sus hijos.

FIN

Prohibida la reproducción. Revisado por la censura gubernativa

L. VERDUGUER MORENA.—TOPETE, 16.—TAKKAS

PRÓXIMO NÚMERO:
EXTRAORDINARIO
SABADO, 26 DE SEPTIEMBRE

La monumental superproducción de la SASCHA
FILM, digna competidora de
LOS DIEZ MANDAMIENTOS

LA LUNA DE ISRAEL

Magistral interpretación de la célebre estrella
vienesá

MARIA CORDA,

secundada por los grandes artistas

ARLETTE MARCHAL y ADELQUI MILLAR

Lo más emocionante. — Exito asegurado

Lo más grandioso

64 páginas. — Portada a bicolor.

Numerosas ilustraciones fotográficas

Postal-fotografía-regalo:

RAYMOND GRIFFITH

Precio especial: 50 cts.

No deje usted de comprar el mismo SÁBADO,
26 DEL CORRIENTE, este precioso número
extraordinario.

AYER Y HOY

Revista popular ilustrada

¡76 páginas! ¡40 céntimos!

Se pondrá a la venta el 6 de Octubre
y aparecerá el martes de cada semana.

Si usted la adquiere, innecesario que le elogie-
mos nuestra publicación. Si usted no la compra,
entonces atienda nuestro ruego: pregunte qué
opinión merece

AYER Y HOY

a cualquiera de sus lectores.

Porque estamos seguros de que el que nos lea
será nuestro mejor propagandista. Porque tene-
mos la convicción de que

AYER Y HOY

es una Revista única, original en su forma, ame-
nísima por su contenido, y de un exiguo coste.